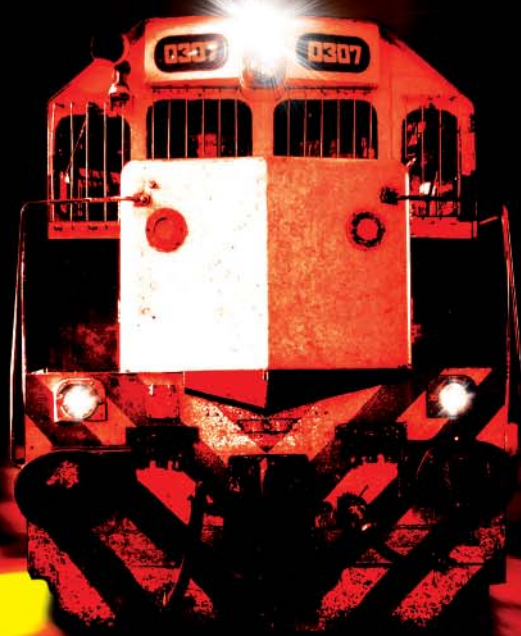


SERGIO HELGUERA



TREN 307

EDITORIAL
FJDH

TREN 307

DEL MISMO AUTOR
por nuestro sello editorial

EL FARO DE FUEGO

SERGIO HELGUERA

TREN 307



Helguera, Sergio R.
Tren 307. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación Jóvenes por los
Derechos Humanos, 2015.
344 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-45722-3-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 17/03/2015

Diseño de tapa e interiores: *Studio Impakto*

Todos los derechos reservados, incluido el de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apremios legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN 978-987-45722-3-3

Queda hecho el depósito de la ley 11.723

ÍNDICE

Introducción - El expediente 307	13
Prólogo "El incidente GenAr"	19

PARTE I

● Puerto Madero	33
● Plaza Constitución	43
● Sureda y Asociados	57
● Llamadas	65
● La forma de los datos	77
● UNSAM	87
● Próxima a partir	95
● Demasiado tarde	107
● Despachado	115

PARTE II

● Gerli	125
● Lanús	133
● Remedios de Escalada	141
● Banfield	149
● Témperley	151
● Adrogué	159
● Burzaco	165
● Longchamps	175
● Glew	183
● Guernica	193
● Alejandro Korn	199
● Domselaar	205
● Coronel Brandsen	213
● Jeppener	221
● Altamirano	227
● Gándara	233
● Chascomús	239
● Adela	245
● Monasterio	251
● Lezama	257

PARTE III

● Guerrero	269
● Castelli	275
● Sevigne	279
● Dolores	283
● Parravicini	289
● General Guido	295
● Maipú	301
● Las Armas	307
● Coronel Vidal	311
● Cobo	317
● Camet	323
● Mar del Plata	329
Epílogo - Ezeiza	335

*Para todos los que disfrutaron
alguna vez del encanto de
viajar sobre rieles.*

El origen de todos los males es la codicia.

ANDRÉ MAUROIS

Todos tenemos un lado oscuro, así que es necesaria una lucha continua para hacer lo correcto. El lado luminoso es compasión por los demás. El lado oscuro es codicia y egoísmo.

GEORGE LUCAS

INTRODUCCIÓN

EL EXPEDIENTE 307

Gracias al proyecto del Genoma Humano, fundado en el año 1990 en el Departamento de Energía y los Institutos Nacionales de la Salud de los Estados Unidos, y emprendimientos similares, la biotecnología ha tomado gran relevancia durante los últimos años. Muchos consideran que los bio-materiales (ciencia que combina la biología con los materiales avanzados) tendrán un impacto social y económico en el siglo XXI tan impresionante como la Internet a finales del siglo XX. En contradicción con la creencia popular, la biotecnología no es un tema de creación reciente, sino que data de los sumerios y los egipcios, 6000 a 4000 años antes de Cristo. Durante los últimos años del siglo XX, se vivió alrededor del mundo una “fiebre científica” de asombrosas proporciones: el apuro frenético y precipitado por comercializar productos modificados genéticamente, capaces de eclipsar por completo a los ya conocidos. Fue en este contexto que surgió GenAr. Esta empresa se desarrolló con una particular rapidez, contando con un increíble apoyo económico y tan pocos comentarios externos, que apenas si se pudieron comprender las dimensiones de su

ambicioso proyecto y sus consecuencias.

Tal como lo había expresado Roberto Gennaro, presidente y fundador de GenAr, “la revolución biotecnológica que estamos por dar a luz, transformará cada aspecto de la vida: la salud, la alimentación, todos nuestros servicios, hasta nuestro mismo cuerpo. Señores, literalmente hablando, va a transformar todo nuestro planeta”. Si, en lo que al desarrollo científico se refiere, el siglo XIX fue el de la Revolución Industrial y el siglo XX el de la era Atómica, Espacial, Electrónica e Informática; el siglo XXI es probable que pase a la historia como la era de la Revolución Biotecnológica. Como todas las revoluciones humanas, desde el neolítico hasta la actualidad, la revolución biotecnológica promete cambios radicales en la forma de vivir y de entender la vida del hombre, y comprenderá no sólo el ámbito científico y técnico, sino también el comercial y político, e incluso el social y cultural.

De pronto pareció como que todos quisieran volverse millonarios. Alrededor del mundo, nuevas empresas se anunciaban con frecuencia casi semanal y sus científicos aparecían de a montones con la idea de explotar al máximo las investigaciones sobre biotecnología. Esto sin contar aquellos que poseían participación accionaria o estaban al frente de consultorías especializadas. No mucho tiempo después, los científicos realmente dedicados a la investigación en su esencia pura fueron extinguiéndose lentamente. Hoy en día son pocas las instituciones de investigación que se encuentran exentas de vínculos comerciales. Las investigaciones sobre biotecnología aplicada continúan desarrollándose a un ritmo vertiginoso, dejando de lado la ética y la moral en pos del potencial de sus productos en el mer-

cado mundial.

En este ambiente comercial, es quizá inevitable que surgiera una empresa como Gennetics Argentina Inc. de Buenos Aires. Tampoco sorprende su participación en los incidentes que ocurrieron durante el verano del 2014. Después de todo, la mayoría de sus investigaciones se realizaron con un total hermetismo. El incidente principal tuvo lugar en un ramal de ferrocarril de la línea Roca, y pocos son los testigos que pudieron afirmar lo que realmente ocurrió a bordo. Incluso al final, cuando Gennetics Argentina solicitó protección contra los cargos que se les presentaba en Tribunales, durante los primeros meses del año 2014, los personajes involucrados atrajeron poca atención de la prensa. La noticia duró sólo unos días en las tapas de los periódicos locales. Parecía ser algo común, sin nada llamativo; un increíble accidente de tren, una serie de desperfectos y situaciones fortuitas que convirtieron aquel placentero viaje en un infierno para sus pasajeros. La Secretaría de Transporte de la Nación, como la empresa que operaba la línea del ferrocarril Roca, evitaron realizar declaraciones al respecto. Todos parecían acordar para evitar una innecesaria divulgación de los hechos. La insólita petición de los titulares de GenAr se escuchó a puertas cerradas en Tribunales. Rápidamente las voces se fueron callando y las pruebas se sumergieron en un abrumador sistema burocrático. Es por este motivo que a nadie le sorprendió que, en el transcurso de ochenta días, todos los problemas de GenAr se vieran resueltos de forma amistosa y silenciosa.

Las partes intervinientes en este incidente firmaron un convenio de no divulgación de los acontecimientos, y ninguno de ellos va a dar detalles de lo ocurrido realmente,

pero muchas de las principales figuras de lo que se denominó “expediente 307” no formaban parte de este convenio y se encontraban ansiosas por discutir los notables sucesos que ocurrieron la madrugada del día 15 de enero de 2014.

PRIMERA PARTE

SECTI

PRÓLOGO

EL INCIDENTE GENAR

Puerto Madero, Buenos Aires
Lunes 13 de Enero del 2014, 01:23h

Sus manos sudorosas se aferraban con fuerza al volante, mientras observaba con la mirada perdida toda la extensión de la Avenida Belgrano y su desolado paisaje. Una gota de sudor se escapó de su frente, recorriendo su sien. Las luces de la avenida dejaban al descubierto una escena poco frecuente de aquella zona de la Ciudad de Buenos Aires. Héctor Cardoso observó la hora en el desgastado panel del vehículo. La 1:25 de la mañana. Era improbable cruzarse con una persona un lunes a esa hora, aún siendo una agradable noche de verano. Giró su cabeza a ambos lados para ver a través de la ventanilla que mantenía celosamente cerrada. Estar detenido en una esquina completamente solo no era una muy buena idea a esas horas, pero nunca había cometido una infracción en los últimos diez años y esa no iba a ser la primera vez. Insistió una vez más en mirar el reloj digital, los segundos se convertían en horas. Inspiró

profundamente y secó el sudor que bajaba por su mejilla. El cielo estrellado coronaba una hermosa noche de verano más que agradable.

La luz del semáforo cambió repentinamente a verde, alejándolo de pensamientos recurrentes. Héctor pisó el acelerador y el estruendoso sonido del motor del Renault 9 color gris rompió con el silencio de la madrugada para avanzar con rapidez. Pronto dejó atrás el edificio de la Aduana de Buenos Aires. Las calles estaban casi desiertas, la quietud era brevemente interrumpida por algún vagabundo deambulando con rumbo incierto o el sonido de una botella al caer de las manos de un ebrio perdido. Una pareja de turistas caminaba con prisa cautelosa por la oscura calle lateral, el repiquetear de los tacos de la mujer hacía eco en el silencio de la noche. Cardoso aceleró aún más, dejando atrás las calles céntricas de la ciudad. Ante sus ojos aparecieron los imponentes docks del viejo puerto de Buenos Aires, ahora convertidos en lujosos restaurantes.

Otrora, esos 16 docks surgieron por la necesidad de contar con depósitos para guardar los granos que se exportaban, toneladas de bolsas de cereales u oleaginosos para ser luego embarcados. Hoy en día, aquellos docks de ladrillos rojizos a la vista construidos por la empresa Wayss & Freytag, alojan innumerables restaurantes de categoría, casas de comidas rápidas, cines, heladerías, oficinas de lujo, la Universidad Católica de Argentina y muchos otros emprendimientos que comprenden uno de los más grandes y nuevos atractivos turísticos de la Ciudad. “Puerto Madero”, como se lo denominó, se había convertido rápidamente en un barrio con un gran potencial turístico. Muchas empresas contaban con grandes oficinas y salas de reuniones. Te-

ner presencia en el lugar les brindaba una buena reputación tanto para sus clientes como para sus pares.

Dejando atrás la rotonda de la Avenida Alicia Moreau de Justo, el viejo Renault 9 cruzó lentamente el puente que lo dejaba del otro lado de los diques y se adentró cautelosamente entre los gigantescos edificios. Conduciendo por el Boulevard, Héctor observaba minuciosamente el nombre de las calles a medida que avanzaba.

A diferencia de otros barrios, Puerto Madero tenía la característica especial que todas sus calles fueron nombradas con nombres de mujer. Gracias a una ordenanza dictada en el año 1995 por el ex Concejo Deliberante, se declaró el 8 de marzo día del barrio de Puerto Madero, al igual que el día de la mujer. Cada calle posee el nombre de una heroína de carne y hueso que luchó con valentía contra los prejuicios de su época. Mujeres talentosas, comprometidas y luchadoras que enorgullecieron al género.

Héctor no estaba familiarizado con el barrio; sólo contaba con un vago recuerdo de haber ido años atrás con su familia a disfrutar de una tarde de domingo a la reserva ecológica. Detrás de las pesadas puertas de vidrio templado, la seguridad de los edificios lo observaban con desconfianza; era lógico, su vehículo desentonaba con la majestuosidad y el reluciente brillo de las construcciones que lo rodeaban. Héctor sabía perfectamente que su presencia en ese aquel, a esa hora de la noche, despertaría curiosidad a quien lo viera, y eso era algo que debía evitar. Giró el volante para circular por la calle Aime Paimé. Una serie de edificios nuevos se alzaban a su derecha. A la izquierda, un muy bien cuidado y prolijo parque iluminado se extendía a lo largo de la calle. Una mujer paseando su pequeño ca-

niche toy blanco era la única persona que alcanzaba a ver. El vehículo avanzaba lentamente mientras cruzaba la calle Petrona Fyle, dejando atrás el Hotel Faena Buenos Aires. De pronto, lo encontró.

Lentamente detuvo el coche y quedó en silencio, observando a su alrededor. Apagó todas las luces y el motor. El lugar estaba desierto. Extrajo su celular del bolsillo para corroborar la dirección que tenía frente a él. Desde el exterior, la fachada del edificio era similar a las que lo rodeaban y no presentaba ninguna particularidad. Era simplemente un edificio que bien podía presentarse como departamentos de viviendas de alta categoría. Pasó su dedo rápidamente por la pantalla, recorriendo la galería de imágenes. Allí estaba, era la misma fachada que la foto recibida el día anterior. Los Alerces. Ese era el sitio, no tenía dudas.

Tomó su cámara digital, una memoria USB y un par de guantes de látex para luego guardárselos en el bolsillo de su campera. Héctor estaba vestido como guardia de seguridad, tal como se lo habían indicado; aquel uniforme era dos talles más grande que el suyo, cosa que lo incomodaba en gran manera. Después de dar un nuevo vistazo a los alrededores, salió del coche y cerró suavemente la puerta haciendo el menor ruido posible. Cruzó los pocos metros que lo separaban de la puerta de entrada y extrajo de su bolsillo la llave que le habían entregado para luego adentrarse en el edificio. Por el momento, no había surgido ningún inconveniente; y rogaba para que continuara de esa manera. A pocos metros observó la Parroquia Nuestra Señora de la Esperanza y, como buen creyente, se persignó antes de proseguir con el plan acordado.

Desde un principio, Héctor tenía sus sospechas. Las

personas que lo habían contratado demostraban una insistente necesidad de permanecer en el anonimato. A pesar de su perseverancia en obtener la mayor cantidad de información posible, no había podido conseguir más que unos pocos nombres y un par de números telefónicos. No le quedaban dudas que aquello se trataba de un movimiento estratégico muy importante para ellos. En todo momento se mostraban reacios a brindar cualquier detalle, aludiendo que era totalmente innecesario para la misión por la cual se habían puesto en contacto con él. A pesar de todo, la paga sería buena y el proceso parecía ser sencillo y carecer de peligrosidad.

—Pero... ¿No puede darme más información sobre lo que voy a encontrar en ese lugar?

—No. Eso es todo. Solamente haga su trabajo y el resto del dinero estará en su cuenta ese mismo día.

—Discúlpeme, pero dudo que este procedimiento pueda tener éxito si carezco por completo de una visión global del asunto.

—¿Me está diciendo que no puede hacerlo?

—Lo único que quiero es tener más información para actuar correctamente.

—Bueno, Héctor. ¿Lo va a hacer o no?

Apoyó su nariz contra el cristal blindado. El lugar se encontraba desprovisto de seguridad. Se sintió aliviado. Hizo girar la llave en la cerradura, pero ésta se encontraba trabada. Observó detenidamente la llave; era evidente que ésta era nueva, una copia exacta y sin uso. Volvió a intentarlo hasta que logró hacerla girar. El Hall principal no presen-

taba nada fuera de lo común, lo cruzó con prisa y se introdujo en el ascensor. A medida que avanzaba comenzaba a sentir los nervios invadir su cuerpo. Le resultaba extrañamente raro que el lugar no contara con seguridad. *“Esto es más fácil de lo que imaginé”*, pensó. Sobre la botonera, en el interior del ascensor, una placa metálica grabada prolijamente rezaba “GENAR S.A. – 2° Subsuelo”.

Héctor sospechaba que GenAr era una empresa fantasma, una pantalla construida para lavar dinero de algo mucho más grande. Aunque no estaba familiarizado con el tema, sabía que ninguna empresa de tecnología se establecería en el segundo subsuelo de un edificio como aquel. Si GenAr se encontraba en un lugar así, lo más probable era que estaban ocultando algo importante. En ese momento comprendió las palabras que le había dicho su cliente, y la razón por la que lo habían contratado. Su campo de operación había sido siempre hoteles de mala muerte, alejados de la ciudad, escondites donde los amantes solían encontrarse. Sus clientes habituales eran mujeres despechadas en busca de pruebas para iniciar un juicio por infidelidad. Ingresar de forma ilegal en una empresa no era a lo que estaba habituado. Mucho menos al robo de información clasificada. La tecnología no era lo suyo, y Héctor lo sabía muy bien, aunque a su cliente parecía no importarles demasiado.

Después de varias investigaciones en conjunto con su cliente, Héctor había descubierto el flujo de dinero que había ingresado a GenAr, en gran parte por aportes de empresas relacionadas con biocombustibles y bioquímica industrial. Pero la finalidad y los resultados de esos fondos se mantenían en un total hermetismo. El desarrollo de un nuevo y revolucionario producto era un secreto a voces,

pero los detalles se ocultaban muy profundamente entre los pocos científicos que llevaban a cabo el proyecto. Para Héctor, era razonable pensar que quienes aportaron dinero al proyecto, estén interesados en los resultados. Qué es lo que estaban haciendo con su dinero.

Gracias a los avances de la ciencia, nuestro planeta pasará de 7.000 millones de personas a 10.000 millones en 2050, según estimaciones de la Organización de las Naciones Unidas. La falta de alimentos, energía, agua potable y el aumento de la contaminación serán los mayores problemas que deberá resolver la humanidad. Pero con el descubrimiento de la biotecnología se podrán dar soluciones como combustibles no contaminantes, modificación genética de semillas, así como la elaboración de medicinas que curen más enfermedades. Argentina no ha permanecido ajena a esta revolución. Casi al mismo tiempo que surgió la biotecnología moderna en EEUU, en 1972, nació en Argentina BioSidus, una empresa pionera en la fabricación de biofármacos para tratar anemia, esclerosis o hepatitis B también se hizo famosa por la creación de Pampa, la primera ternera clonada en el país en 2002. Esto sentó las bases para el florecimiento de la industria biotecnológica en Argentina. Hoy en día hay más de 130 empresas biotecnológicas, en su mayoría pequeñas y medianas empresas, que se dedican a la salud humana y animal, fertilización asistida de semillas inoculantes para el campo; también en el desarrollo de la industria del biodiesel. Héctor tenía la sospecha que actualmente GenAr se encontraba en las puertas de un descubrimiento de gran magnitud, cosa que ponía en alerta máxima a sus mayores competidores, quienes no dudarían en pagar cualquier suma de dinero en obtener la mayor cantidad de información posible para continuar en el juego o, de ser

posible, llevarse todos los laureles.

Con un siseo metálico, la puerta del ascensor se abrió de par en par, dejando ver un extenso pasillo fríamente iluminado. Héctor observó el techo y las paredes en toda su extensión. No había cámaras de seguridad. *¿Cómo podría ser que no contaran con un sistema de seguridad?* Hoy en día todos disponían de medidas de seguridad, muchas medidas de seguridad. Todo le resultaba extraño. Sintió el frío sudor recorrer su frente. Tenía la impresión de que todo era una trampa. En ese momento se maldecía a sí mismo por haber aceptado ese trabajo, aún cuando la paga sería bastante generosa. Continuó avanzando lentamente, tratando en lo posible de no hacer ruido al caminar. Sobre la pared, una placa metálica de gran tamaño mostraba en letras corpóreas “GENAR – *El futuro de la bioingeniería*”. La mesa de recepción se encontraba desierta, pero la computadora sobre ella se encontraba encendida. Un dispensador de agua, una pequeña mesa con viejas revistas de ciencia y un par de cómodas sillas era lo único que decoraba la diminuta recepción. Todo estaba en completo silencio. Continuó caminando, leyendo el rótulo de cada una de las puertas a medida que avanzaba por el pasillo: “CONTADURÍA”, “LABORATORIO”, “DEPÓSITO”, “INGENIERÍA”, “OFICINAS”. La curiosidad lo invadía. Le era imposible ver a través de las pequeñas ventanas, las puertas estaban cerradas con llave. Pero su propósito era bastante claro, el cliente había sido lo suficientemente preciso.

Al final del pasillo vio una angosta puerta metálica cuyas letras rezaban “SÓLO PERSONAL AUTORIZADO”. La puerta no poseía picaporte ni nada similar, solo un teclado digital con números retroiluminados. Una pequeña luz roja

titilante le indicaba que se encontraba cerrada. Una sonrisa se escapó de la boca de Héctor al tiempo que extrajo nuevamente su celular. Uno de los mensajes recibidos contenía el código de ingreso. Un sonido electrónico se dejaba escuchar a medida que sus dedos oprimían cada una de las teclas, siguiendo el orden de los números. Un fuerte siseo acompañó la apertura de la puerta, abriéndole paso. “Demasiado fácil”, se dijo. Giró su cabeza para mirar hacia atrás antes de escabullirse en el interior.

En el interior se podía percibir que el ambiente se encontraba mucho más frío y con un penetrante olor que no podía distinguir. El siseo constante y agudo de dispositivos electrónicos se escuchaba con más intensidad. A ambos lados había largas mesas llenas de material electrónico y filas de neveras de acero inoxidable en funcionamiento. Docenas de aparatos electrónicos que desconocía por completo. Sobre las paredes, podía observar largas pizarras con fórmulas complejas y dibujos abstractos. En ese momento Héctor comprendió que GenAr era una empresa de verdad y que realmente se encontraban desarrollando una labor científica. La impresión general era de desorden, pero las indicaciones eran precisas y debía cumplir con lo pactado si quería recibir el resto del dinero.

De pronto oyó un zumbido intenso de corriente alterna, pero fue solo un instante. El lugar se encontraba completamente desierto. Observó la hora en su reloj. La 1:55, debía apurarse. Cruzó el salón a grandes pasos y se detuvo delante de una puerta cuyo cartel decía:

SECTOR CERRADO
SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

Haciendo caso omiso al cartel, Héctor Cardoso giró el picaporte e ingresó a un cuarto en penumbras. Una fila de computadoras encendidas iluminaba el lugar. Una serie de números y letras recorrían rápidamente cada una de las pantallas en un ciclo sin fin, haciendo casi imposible ver qué estaban mostrando. Un sonido electrónico seguido por un siseo largo se repetía constantemente. Héctor sabía que allí se encontraba lo que había venido a buscar. Recorrió con la vista el lugar y continuó avanzando. Varios carteles rezaban:

- PRECAUCIÓN -
Sustancias Teratógenas
Evitar exposición prolongada en este sector

- PELIGRO -
Utilización de Isótopos Radioactivos
Peligro potencial de Carcinogénesis

Héctor continuó a paso lento y sigiloso. Aquellas indicaciones le dieron escalofríos, pero era muy probable que se había puesto por cuestiones jurídicas y el lugar no presentaba peligro alguno. Una última puerta lo separaba de su objetivo, si es que las indicaciones habían sido las correctas. Sin prestar mucha atención a lo que lo rodeaba, se acercó al final del salón y abrió la puerta corrediza suavemente. Se oía un zumbido fuerte y constante, el ambiente estaba muy refrigerado. Cuatro torres altas se erguían en el centro de la sala que permanecía en penumbras. Héctor reconoció aquellos aparatos de forma inmediata. Se trataban de secuenciadores automáticos de genes. Se encontraba parado en el centro de una muy poderosa fábrica de productos genéticos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

De inmediato extrajo los guantes de látex y, luego de

calzárselos en ambas manos, se acomodó en el mullido asiento de una de las computadoras encendidas. Luego de presionar unas teclas, la pantalla mostró un campo donde debería ingresar la contraseña y así acceder al sistema. Sin perder tiempo, tomó la cámara digital que trajo consigo y extrajo de ella la pequeña memoria, la cual introdujo en el lector de memorias de la computadora. “*Espero que esto funcione*”, se dijo a sí mismo mientras observaba la hora. Ésas habían sido las indicaciones de su cliente y él las estaba cumpliendo al pie de la letra, aunque no tenía idea de qué era lo que estaba haciendo. En la pantalla, apareció una ventana con fondo negro y una serie de números y letras que aparecían y desaparecían rápidamente en un listado sin fin. Luego de unos segundos se detuvo, quedando solo un titilante cursor blanco para luego desaparecer. La pantalla había quedado como estaba en un comienzo. “*¿Eso es todo?*”, dijo en voz alta con una leve sonrisa en su rostro. Extrajo la memoria para colocarla nuevamente en la cámara y la guardó cuidadosamente en su bolsillo. Se puso de pie y acomodó la silla en su posición original. Había sido más rápido de lo que hubiera imaginado. La sencillez de la operación había superado todas sus expectativas. Menos de un minuto había sido suficiente.

Regresó atravesando los salones y cerrando las puertas abiertas para evitar cualquier sospecha, para luego introducirse nuevamente en el ascensor. Recorrió con su mente cada paso en busca de algún error en sus movimientos, o algo que pudiese haber pasado por alto. Todo estaba en orden. Sentía un gran alivio, aunque todo el procedimiento le había resultado demasiado fácil. Suspiró profundamente mientras el ascensor lo llevaba de regreso al nivel superior. Si había tanto dinero en juego, ¿por qué esta información

se encontraba tan accesible? Aún para una persona como él, que corría en ligas menores. En ese momento notó que había olvidado deshacerse de los guantes de látex. Rápidamente los extrajo de sus manos y salió del ascensor para cubrir con pocos pasos la distancia que lo separaba de la puerta de entrada.

Una vez afuera, inspiró profundamente el aire cálido de la noche y se relajó. Subió al coche y encendió el motor, dejando descansar la cámara y las llaves en el asiento del acompañante. Todo había terminado. En pocos minutos estaría de nuevo en su hogar, y mañana su cuenta bancaria tendría unos cuantos ceros más; lo suficiente para pagar sus deudas. La suerte había comenzado a jugar de su lado. Giró el volante y avanzó lentamente por la calle desierta. Más adelante, las luces de los diques y los docks marcaban el límite de Puerto Madero.

La luz roja del semáforo lo obligó a detenerse. Podía sentir en sus manos y en su respiración la tranquilidad de un trabajo bien hecho y la satisfacción de una buena paga. El sonido de un motor a su lado lo alejó de sus pensamientos. Héctor giró su cabeza para observar el reluciente BMW color negro que se encontraba a su izquierda. De inmediato, las ventanillas polarizadas comenzaron a descender, mostrando en su interior al conductor y su acompañante, el cual le resultaba extrañamente conocido. Héctor quedó por un instante observándolo, tratando de recordar en dónde había visto aquel rostro. Aquel hombre le resultaba muy familiar, sobre todo por su característica mancha rojiza que presentaba sobre su sien izquierda. Fue en ese momento cuando lo recordó. El inconfundible brillo metálico de una pistola llegó a sus ojos. Trató de poner la primera marcha y

acelerar, pero su desesperación le jugó una mala pasada y el motor se detuvo por completo. Sin advertencia, el vidrio de la ventanilla estalló en mil pedazos, al tiempo que sintió el impacto de la bala en su pecho y otro seguido en su hombro izquierdo. Un fuerte dolor recorrió todo su cuerpo. Podía sentir el calor de su propia sangre recorrer su brazo y piernas, empapando su ropa. No podía pensar con claridad. Respirar se estaba haciendo cada vez más difícil. Recostado en su asiento, observó cómo los vidrios de la ventana del acompañante estallaban para dejar entrar dos manos y llevarse consigo la cámara y las llaves. No pasó mucho tiempo cuando sintió un fuerte golpe en la parte trasera del auto, sacudiéndolo. Lentamente comenzó a avanzar.

Lo estaban empujando.

Intentó moverse, pero le era imposible hacerlo, su cuerpo ya no le respondía. Todo a su alrededor se volvía cada vez más oscuro. Sintió el auto avanzar con más rapidez para luego embestir algo metálico. Ya sin poder moverse, el mundo dio vueltas y todo su cuerpo golpeó el parabrisas, por donde observó el agua subir con prisa y golpearlo con toda su fuerza. El frío en su rostro fue lo último que pudo sentir. Luego fue todo oscuridad.

PUERTO MADERO

Puerto Madero, Buenos Aires
Lunes 13 de Enero del 2014, 09:12h

Sandra descendió con cuidado del colectivo de la línea 2 y se detuvo un instante en la concurrida Avenida Belgrano, tratando de adaptar su vista al intenso sol de la mañana. Observó su celular para chequear la hora. Todavía tenía unos minutos más antes de entrar al trabajo. No se preocupaba demasiado aquellos días, el proyecto en el que estaban trabajando estaba casi finalizado y no requería largas horas de arduos experimentos como lo habían hecho los meses anteriores, además, dentro de poco comenzarían sus tan ansiadas y merecidas vacaciones. Eso era un motivo más que suficiente para levantarse con cierta ansiedad y expectativas. Vestida totalmente de beige y sosteniendo su cartera de cuero ecológico, Sandra Marcela Zemog ofrecía una imagen de rigidez. Con sus 37 años de edad, había alcanzado la Maestría en Biotecnología en la Universidad de Buenos Aires, y estaba a punto de finalizar su especia-

lización en Biotecnología Industrial. En la universidad era reconocida por la originalidad de sus análisis y estudios, así como su tendencia a la perseverancia y optimismo ante proyectos poco fiables. Pero, para su sorpresa, poco antes de finalizar su carrera y gracias a las altas calificaciones, ya contaba con un puesto de importancia en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), y numerosas participaciones en conferencias sobre investigaciones biotecnológicas en la UNSAM. Esto le permitió avanzar aun más en sus estudios y contar con el apoyo tanto económico como humano en todas sus investigaciones de campo. Además, durante sus estudios había logrado conocer a Roberto Gennaro, quien había creado recientemente un pequeño laboratorio de investigación, en el cual había apostado todo su tiempo y dinero, y al que le había dado por nombre GenAr. Luego de ganar el premio Konex de Ciencia y Biotecnología en el año 2009, Gennaro le ofreció ser parte del equipo de investigación en un importante proyecto. Sandra se sentía en la plenitud de su carrera.

Extrajo los anteojos de sol de su cartera y luego de colocárselos comenzó a recorrer el trayecto de todos los días. Su pantalón corto y su cabello sujeto hacia atrás le daban un aire vigoroso y juvenil. Observando a su alrededor mientras cruzaba la Avenida Huergo, Sandra notó un movimiento mucho menos intenso que lo normal para un lunes por la mañana, pero era de esperar en aquella época del año, donde la ciudad parecía “vaciar” de personas. En las calles podían verse ya aquellos que regresaban antes del término de la quincena, tratando de evitar el congestionado tráfico de las rutas o con la finalidad de poner todo en orden antes de comenzar un nuevo año laboral. Muchos automóviles regresaban a la ciudad cargando sus pesadas valijas y los

rostros bronceados luego de disfrutar de unas muy esperadas vacaciones. Regresar al ajetreo de la ciudad era algo que nadie deseaba. Aún así, Sandra contaba las horas restantes de trabajo y no veía el momento de alejarse por un tiempo de las computadoras, cálculos, experimentos y todo lo relacionado con su trabajo para sumergirse en el frío pero querido mar que ofrecían las playas de Buenos Aires. Ahora que lo recordaba, todavía debía sacar los pasajes, ya que no había tenido el momento de...

El sonido estridente de las sirenas de un móvil de la policía federal la hizo volver a la realidad. Mientras avanzaba alcanzó a ver más adelante un conglomerado de automóviles de la policía federal detenidos alrededor de una grúa que parecía estar levantando lentamente un automóvil de unos de los diques. Sandra apuró el paso, invadida por su curiosidad. Una cinta de seguridad la detuvo a pocos metros de donde ocurría la acción. Recostado a un lado del puente se podía ver el cuerpo de una persona tapado con un plástico negro, sus pies sobresalían mostrando sus zapatos negros. No muy lejos, la baranda del puente giratorio se encontraba destruida en una de sus secciones. Una docena de policías uniformados y otros de civil daban indicaciones mientras otros de traje hablaban a través de sus celulares. Una gran grúa elevaba lentamente un vehículo parcialmente deshecho de las aguas del dique. Era un viejo Renault 9 color gris, con su parte delantera irreconocible por el impacto. Sandra podía entender que aquella persona fallecida sería el conductor de aquel vehículo. Una persona que encontró su final, seguramente, luego de unas copas de más o había decidido poner fin a su vida de forma consciente. Miles de historias se le cruzaron por la cabeza mientras reanudaba su marcha hacia el laboratorio. Mientras avanzaba por uno

de los lados, se acercó aun más al cuerpo. Sin detenerse, Sandra pasó lentamente observándolo con cierta pena. El plástico que cubría el cuerpo se alzó parcialmente por acción del viento y por un instante alcanzó a ver el rostro de aquel desdichado. Aunque se encontraba un poco distante, Sandra le pareció reconocerlo. Su rostro le era lejanamente familiar, juraba que lo había visto con anterioridad. Se detuvo para observarlo más detenidamente. Si su memoria no le fallaba, aquel hombre había estado presente en...

—¡Sandra! —exclamó repentinamente una voz grave a su espalda.

Al sentir la mano sobre su hombro, Sandra se sobresaltó en gran manera. Giró repentinamente para ver a un hombre fornido, de unos cuarenta años de edad, alto y con anteojos negros que cubrían gran parte de su rostro. Blandiendo un cigarrillo en su mano, exhalaba gran cantidad de humo mientras hablaba, cosa que hizo que retrocediera unos pasos.

—Perdón si te asusté —se disculpó de inmediato—, pero te reconocí y quise saludarte.

—Perdón —dijo Sandra frunciendo el entrecejo—. ¿Te conozco?

—Ahh disculpame... soy Leonardo Gómez —se presentó al tiempo que extendía su mano—. Jefe departamental, a cargo del operativo. Conozco a tu marido, Ledesma, Javier Ledesma.

—Ehh sí —contestó Sandra al tiempo que estrechaba su mano tímidamente—. ¿Y cómo sabía que...?

—Tu marido me mostró las fotos del casamiento varias veces y por eso...

—Entiendo... —dijo Sandra volviendo a dirigir su mirada al cuerpo— ¿Qué pasó acá?

—Nada importante. Un pobre desgraciado con unas copas de más perdió el control del vehículo y atravesó la baranda del puente. Se ahogó sin poder salir. Estamos tratando encontrar alguna identificación.

—Pobre hombre... —murmuró Sandra negando con la cabeza— Bueno, fue un gusto... Leonardo.

—Igualmente —saludó asintiendo de forma exageradamente cordial con su cabeza—. Saludos a Javier.

Sandra no contestó. Dio media vuelta y continuó su marcha. “Saludos a Javier”. Esa frase le resonaba en su cabeza. Javier Gómez era su marido desde hacía 7 años, pero no tenía noticias de él, y ya no recordaba desde hacía cuánto. Alrededor de un mes atrás, había despertado sola en su departamento. Por más que lo intentara por todos los medios posibles, no lograba comunicarse con él. Todas sus pertenencias estaban aún en su lugar. Salió únicamente con su billetera y su arma, la que siempre llevaba consigo. Desesperada, había llamado a la policía para realizar la denuncia, pero no recibía noticia alguna. Fueron cinco días de angustia y desesperación que no olvidaría jamás. Hasta que una noche, durante la madrugada, su celular sonó y al contestar escuchó su voz. Le pedía que se tranquilizara y que “todo estaría bien”, que se había visto obligado a viajar a la provincia de Córdoba por trabajo y que pronto estaría de regreso. En vano Sandra le reprochó su partida y por todo lo que la había hecho pasar. Con voz serena, pidió disculpas y volvió a desaparecer. En incontables ocasiones intentó comunicarse pero todo había sido en vano. Luego de largas noches de llanto había decidido calmarse y esperar. No sabía bien

qué, pero esperar. “Saludos a Javier...”

Pocos metros adelante, Sandra alcanzó a ver la silueta inconfundible de Roberto Gennaro quien se encontraba hablando con otras dos personas en la puerta del edificio del laboratorio.

Con sus casi setenta años de edad, Gennaro era una persona aparatosa, un histrión de nacimiento. Varias personas que lo conocían desde hacía muchos años, contaban anécdotas de él cuando estaba buscando fondos para GenAr, aquellos días que él llamaba “los días de la linterna verde”. En 1976 llevaba siempre consigo una maceta en la que llevaba una planta pequeña. La planta no superaba los veinte centímetros de altura y no presentaba ninguna peculiaridad a simple vista, salvo que se veía con un verde más brillante que lo habitual. Gennaro llevaba siempre la pequeña planta a las reuniones que se organizaban para obtener fondos. Casi en todas las ocasiones, Gennaro presentaba la maceta y la colocaba sobre una mesa cubierta cuidadosamente con una tela. Luego de pronunciar su discurso de siempre, en el que hablaba sobre los beneficios de generar y disfrutar de los “productos biotecnológicos de consumo masivo”. En el momento crucial, levantaba la tela con un movimiento rápido y dejaba al descubierto la pequeña planta, a la vista desconcertada del público. Después solicitaba que apaguen todas las luces y cierren todas las ventanas. En ese momento, en la oscuridad del salón, la planta comenzaba a emanar un brillo fluorescente cada vez más intenso, hasta iluminar parcialmente el lugar. Ante el asombro del público presente, las luces se volvían a encender y Gennaro solicitaba el dinero. La planta era siempre un éxito, su existencia era una promesa de maravillas inimaginables producto de la ma-

nipulación genética que saldrían de GenAr. Pero cuando Roberto hablaba sobre la planta, dejaba mucho sin decir. Por ejemplo, que la planta no emitía luz por más de treinta segundos, ni que su promedio de vida no superaba las dos semanas, tampoco mencionaba que no podía crecer más de treinta centímetros. Que emita luz propia era todo un logro, pero no lo que Gennaro daba a entender. Además, todos los que veían la planta querían una, cosa que Roberto trataba de eludir con palabras y excusas evasivas. Roberto tenía visión y entusiasmo, pero no tenía certeza alguna de que su plan tuviera éxito. Pero al final obtuvo su dinero, y en noviembre de 1978 Roberto Gennaro obtuvo tres millones de dólares en capital de riesgo para financiar la creación de la sociedad anónima que se proponía, GenAr. Desde entonces, GenAr se había dedicado exclusivamente a la investigación de productos biotecnológicos orientados al aumento de la productividad ganadera y agrícola, obteniendo resultados realmente beneficiosos.

Al verla llegar, Gennaro le dio un beso. Su rostro denotaba cierta preocupación.

—Sandra... te estaba esperando —dijo con tono nervioso—. Ocurrió algo esta noche en el laboratorio y quería hacerte una consulta.

—Sí, por supuesto —asintió Sandra dirigiendo su mirada hacia las otras dos personas que se encontraban allí. Ninguna le resultaba conocida—. ¿Qué sucede?

—¿Por algún motivo viniste anoche al laboratorio? —preguntó Gennaro— ¿O sabes de alguien que lo haya hecho?

—No —negó Sandra rotundamente sacudiendo la cabeza de lado a lado—. La última vez que vine fue el viernes.

Tampoco sé de alguien que haya venido... ¿por qué lo iba a hacer?

—No lo sé... —dijo Gennaro bajando la mirada— El sistema registra un ingreso a la 1:30 de la madrugada de hoy. Estamos tratando de conseguir las grabaciones de las cámaras de seguridad de esta calle —continuó— ya que las del edificio aún no han sido instaladas.

—¿A la una y media de la madrugada? —repitió Sandra desconcertada— ¿A quién se le ocurriría venir a esa hora?

—A alguien que esté buscando algo —inquirió el hombre a su lado.

—Hay dos técnicos adentro —agregó Gennaro señalando con su mirada al interior del edificio—. Están tratando de averiguar si falta algún equipo o se extrajo información del sistema.

Sandra se mantuvo en silencio. Había cierto aire de tensión entre las personas que se encontraban allí. Sabía que había algo que ocultaban. Los dos hombres se retiraron unos metros para hablar por sus celulares, daban vueltas haciendo ademanes de forma nerviosa y constante. Gennaro apoyó su mano sobre el hombro de Sandra.

—Tus vacaciones comienzan este miércoles, ¿verdad?

—Sí —asintió Sandra.

—Tomate el día de hoy y mañana —le indicó Gennaro—. No es necesario que vengas, debemos realizar varias pruebas y el laboratorio no va a estar disponible estos días. Además... —continuó esbozando una leve sonrisa— debés preparar tus cosas para las vacaciones, ¿no es así?

Sandra asintió con su cabeza y devolvió la sonrisa, pero podía notar preocupación detrás del gesto de Gennaro. Lo

conocía lo suficiente para saber que algo malo estaba ocurriendo. Giró la cabeza para observar dos personas de traje que salían con maletines del edificio, y se dirigían hacia ellos.

—Sí, es verdad —asintió Sandra—. Bueno... de ser así nos vemos cuando regrese. Cualquier cosa que necesites...

—No, no. —negó Roberto con la cabeza—. Te recomiendo que te desconectes del mundo. Dedícate a descansar. Este año va a estar movidito, te lo aseguro.

—Bueno... lo haré —dijo Sandra mientras se alejaba lentamente.

—¡Sandra! —exclamó Gennaro luego de unos instantes. Sandra giró la cabeza de inmediato— Cuidate.

—¡Lo haré! —contestó, y continuó caminando por la calle bajo el sol de la mañana. Varios curiosos se acercaban con prisa hacia la multitud que se aglomeraba alrededor de la grúa en un intento por entender qué había sucedido. Giró la cabeza una vez más para ver a Roberto hablar de manera nerviosa y exasperada con las dos personas que habían salido del edificio. Suspiró y continuó su marcha de regreso a casa. Sólo esperaba que aquel incidente no sea perjudicial para su trabajo y que la información de sus investigaciones no se haya perdido. Trató de alejar de su cabeza cualquier preocupación referida a su trabajo. Observó su celular. Tenía tiempo suficiente para preparar su valija de viaje y dirigirse lo más pronto posible a la estación para conseguir un pasaje a Mar del Plata, donde la esperaría su padre.

